

EL SEPTIMO DIA

Si Dios con ser Dios descansó el séptimo día no veo por qué tienen que reprocharme que yo sea perezoso. Y yo no he trabajado sólo seis días como él, no, qué va, yo he trabajado miles de días. Y ahora que lo pienso, que habrá estado haciendo Dios todo el resto del tiempo, los miles por no decir los millones de años. Seis días no es nada. ¿El resto lo ha utilizado sólo a vigilarnos? Qué aburrido. Ver lo mismo día tras día pues desde que él formó al hombre éste no ha cambiado nada. Con razón de repente ni nos pela y deja que se mueran millones de gentes de sida o de alguna otra cosa. Ya debe estar hasta la madre de todos. Yo ya lo estaría si fuera él. Ya me lo imagino sentado viendo como nos matamos, nos robamos, nos despreciamos. Esto puede al menos ser divertido, lo que no lo es, es escuchar a diario a miles y miles de personas pidiendo esto y aquello, que me alivie, que gane la lotería, que salga el cinco en el bingo, que gane el Pan, que a mi perro se le quiten las pulgas, que se me pare, que no llegue borracho mi marido, que no vayan a subir el precio del Metro, que el América sea campeón, que Bush se muera, que... ¡Qué hueva! Si Dios no es perezoso debería serlo.

Yo lo soy y a mucha honra. Mi pereza me ha salvado de muchas cosas. Unos compañeros me invitaron hace años a una excursión, por supuesto dije que no, que yo no estaba para andar saltando charcos, treparme en rocas, llenarme de espinas, deformarme la cara con los piquetes de moscos y cansarme, sobre todo esto. ¿Qué iba a ganar el con dichoso paseo? Nada. Mil veces quedarme en casita leyendo, oyendo música y hasta viendo la tele. Todos se murieron antes de llegar al campo. Un accidente.

Por flojera no fui a la marcha de mis compañeros de prepa. A todos les dieron en la madre y varios estuvieron presos sus buenas semanas.

Por flojera no fui a depositar mis dólares y las monedas de oro que me dejó mi padre al banco. Dos días después se devaluó la moneda y los dólares y el oro subieron tanto que me permiten en la actualidad no hacer nada, que eso es lo que me gusta a mí hacer.

La flojera me evitó el matrimonio, me evitó tener hijos que sólo saben dar lata, me evitó tener una carrera que no me iba a dar para vivir, me evitó ir a votar por Fox cuando las elecciones pasadas. Cuántas cosas me ha evitado la bendita pereza.

Trabajé muchos años pero en cosas que me gustaban, que me producían placer. Trabajé en la restauración de obras artísticas. Esto lo hacía con mucha calma, disfrutando cada momento. Además me pagaban muy bien los museos. Eso sí, al llegar a mis sesenta años de edad me jubilé para siempre, nada que a ratos.

La pereza me ha permitido leer cientos de magníficos libros, me ha permitido escuchar a las mejores orquestas del mundo sin moverme de mi cama o mi sillón preferido, me ha permitido saborear los mejores platillos del mundo y los vinos más excelsos. También he saboreado con placer los mejores tabacos.

El no estresarme con las prisas, las carreras, las preocupaciones, los intereses, cosas que hacen los activos, y tomar todo con calma, con paciencia, con alegría, me han permitido vivir mis ochenta y dos años. Los médicos dicen que estoy mejor que un hombre de cuarenta. Por supuesto que habla de un hombre estresado, como son la mayoría.

Sé que estoy cerca de mi séptimo día, el del descanso total. Lo espero con ansias pues aunque ustedes no lo crean cada día me da más flojera tener que levantarme, ir al baño, bajar a desayunar, recoger el periódico del piso donde lo avientan los repartidores...No, eso ya es demasiado trabajo. Ya que llegue, please.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006